

Del gobierno de república democrática al gobierno autocrático de las dictaduras en Hispano América

CECIL JANE

Sociólogo inglés, profesor de
la universidad de Oxford.

Una nación en armas

En la América española, la vida fue una cruzada durante la mayor parte del período colonial. Los héroes de esa época fueron guerreros, no pensadores, y la raza, ya inclinada a admirar las dotes militares por encima de toda otra clase de talentos, se ratificó en su actitud mental. El soldado en el Nuevo Mundo no pudo nunca dejar descansar sus armas: en muchas regiones, tribus de indios salvajes estaban siempre en acecho para el ataque, y los colonizadores, expuestos a pagar muy caro un solo momento de descuido. Otras regiones estaban amenazadas por bucaneros y por incursiones de extranjeros; en otras existía la sospecha, no infundada, de que los indios se alzarían en rebelión, si se les presentaba la oportunidad de hacerlo, como se levantaron capitaneados por Tupac Amará. Al propio tiempo, el número total de soldados regulares en las colonias era muy reducido. Había que buscar la seguridad en una milicia, y como había relativamente muy pocos españoles en el Nuevo Mundo, tenían forzosamente que ser todos soldados mientras pudieran manejar las armas. La "nación en armas" fué un hecho en la América española mucho antes de que Von der Goltz escribiera. La Guerra de Independencia aumentó como era natural, esa propensión a buscar el jefe más bien en el soldado que en el civil. Mientras duró la guerra era necesario hacerlo así; cuando la guerra terminó, los héroes de la lucha ejercieron un inevitable predominio sobre aquellos que habían conducido a la victoria.

Pensamiento vs. Acción

Quizá hubieran pasado las cosas de otro modo de haber habido en cualquiera de esos países un hombre civil de tal talento y de tan inmaculada integridad, que impusiera, sólo por su prestigio, el reconocimiento de su jefatura. Pero no surgió tal hombre: únicamente Bernardino Rivadavia, en la Argentina, pudiera ser una excepción. Tan pronto como se logró la independencia, los criollos tendieron a convertirse en políticos, aun en los casos en que limitaban sus aspiraciones, en primer término, a intervenir en los asuntos locales, y muchos de ellos desplegaron grandes aptitudes para la política. Esas aptitudes, sin embargo, estaban repartidas tan por igual, que no era fácil destacar de entre todos un solo individuo como el de mayor capacidad en ese respecto. Entre los republicanos ha habido muchos que han alcanzado una merecida reputación

por sus dotes oratorias; no pocos que han sido indudablemente sinceros en su apostolado de los más elevados principios; los ha habido que poseían grandes conocimientos de las teorías de gobierno. Pero se ha necesitado siempre de alguna prueba que pudiera servir para la medida de su respectiva capacidad y no se ha podido disponer de ningún medio de comprobarla, salvo uno cuya aplicación ha sido algo azarosa: el de confiar el Poder a una persona elegida, un tanto a ciegas, entre un cierto número de posibles candidatos. Los republicanos han pagado, en efecto, la culpa de ser hombres de pensamiento más que de acción, en tanto que sus contrarios han gozado de la ventaja de tener jefes designados ya de antemano por lo que en la práctica habían llevado a cabo.

Ni la libertad ni eficacia

Los republicanos han tenido también en su contra las consecuencias que se han derivado en muchos casos, de su conquista del Poder. Han pretendido sinceramente, traducir sus teorías en hechos, y los resultados del intento han tendido a demostrar lo poco juicioso de las teorías que habían predicado. Resueltos a realizar la autonomía local, han permitido, y hasta han llegado a establecer, una extremada descentralización. Resueltos a proteger contra la opresión la libertad individual, han reducido hasta tal punto el poder del Ejecutivo, que ha resultado imposible preservar el orden y el respeto a la ley, y la vida y la hacienda han quedado sin garantías. Bajo su gobierno la sociedad ha tendido a caer en el caos, y hasta esa misma libertad de que eran los adalides ha quedado a merced de las turbulencias. Sus contrarios han podido constantemente acudir a la experiencia para demostrar que los republicanos puros eran incapaces de asegurar ni la libertad ni la eficacia en el gobierno, y han podido, una y otra vez, presentarse como los salvadores de sus países. El apoyo que, de otra suerte, hubieran podido recibir los republicanos, se lo han enajenado por los funestos resultados de su gobierno.

Aun con todo eso, es probable que el equilibrio entre los dos partidos hubiera estado mucho más cerca de conseguirse si, como se ha creído, los republicanos hubieran tenido el monopolio del idealismo. En tal caso, habrían sido el único partido en armonía con las aspiraciones de la raza. Es, sin embargo, una idea engañosa la de suponer que la mayoría de los dictadores que han surgido en la América española, y la mayoría de sus partidarios, no han sido tan sinceramente idea-

listas como cualquiera de sus adversarios. El ideal opuesto que ellos han defendido ha sido bajo todos los aspectos, tan verdadero como el de los republicanos; y por esa razón han conquistado adherentes y han ganado ascendencia. Han sido los apóstoles del Gobierno vigoroso los exponentes de la teoría de que si la autoridad se ejerce con eficacia, la libertad quedará ipso facto garantizada.

Los dictadores

Como españoles, eran conservadores. No aspiraban a la creación de un nuevo orden de cosas, sino a perpetuar y a desenvolver el viejo: buscaban la justificación de sus actos en el pasado, del cual sacaban su inspiración. A veces parece que los dictadores hispanoamericanos, casi conscientemente, se han modelado a sí mismos sobre las grandes figuras de las edades pasadas. El Dr. Francia semeja una verdadera reencarnación de aquel monarca que era, para sus enemigos, "el demonio del Mediodía", y para sus admiradores "el rey santo". La semblanza de Felipe II, trazada por un historiador español, pudiera pasar por la del dictador del Paraguay: "Sombrio y pensativo, suspicaz y mañoso. . . , firme en sus convicciones, perseverante en sus propósitos y no escrupuloso en los medios de ejecución, indiferente a los placeres que disipan la atención y libre de las pasiones que distraen el ánimo; frío a la compasión, desdeñoso a la lisonja e innaccessible a la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar a los demás, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor y taciturno como un cartujo, este hombre no podía ser dominado por nadie y tenía que dominar a todos; tenía que ser un rey absoluto" El Dr. Francia trató de hacer revivir el régimen que había existido en las antiguas misiones de los jesuitas: excluyó a todos los extranjeros y todas las influencias extranjeras y mantuvo su poder hasta su muerte. Aún después de muerto se dice que los paraguayos sólo hablaron en voz baja de "el difunto" no atreviéndose a pronunciar su nombre. Sus sucesores en el poder supremo siguieron una política aún más radical: el más joven de los López quiso ser el Luis XIV o el Napoleón de Sudamérica y lanzó a su país en una guerra tan desastrosa, que se quedó extenuado por algunas generaciones. Es digno de notarse que entre esos dictadores han tenido mayor éxito, los que han sido más genuinamente conservadores. Los pretendidos reformadores radicales son los que han despertado más furiosa oposición, y han terminado su carrera como le ocurrió a Balmaceda, siendo víctimas de una revolución.

Los dictadores han ganado partidarios con más facilidad porque se han prestado más bien a dirigirlos que a arrastrarlos por la fuerza. Por esa intolerancia con las ideas contrarias que con tanta frecuencia caracteriza a los radicales y que es acaso el natural resultado de su fe en la excelencia de lo nuevo—, los abogados del republicanismo sólo consiguieron la enemistad de aquellos cuya conversión pretendían. Propugnando tesis que sólo podían encontrar adeptos cuando llegaban a ser familiares, y que sólo podían

llegar a serlo lenta y gradualmente, no lograron darse cuenta de la necesidad de tener paciencia. Han tratado de forzar la confianza en vez de procurar merecerla, y se han encontrado en pugna con el espíritu de su raza. El español no se ha prestado nunca a la compulsión intelectual, en el sentido de estar propicio a mudar de criterio ante la invitación de cualquier predicador, por elocuente que sea.

El caciquismo

En la América española, el "caciquismo" ha existido siempre: se ha admirado sin reservas al hombre que, en cualquier esfera de la vida, ha hecho patente su individualidad. Los dictadores, si han sido deficientes en algo, nunca lo han sido en personalidad; si no han sido eminentes por sus virtudes, lo han sido por sus crímenes: cada uno de ellos ha sido, en cierto modo, "el mucho cocique". Los tiranos como el mayor de los López en el Paraguay, o Rosas en la Argentina, no eran hombres vulgares: es seguro que, en cualquiera posición, hubieran alcanzado notoriedad, ya que no fama.

Sobre todo, han tenido la ventaja sobre sus contrarios de que, en la apariencia al menos, han sido capaces de cumplir lo que han prometido: han dotado a los países en que han mandado de un Gobierno vigoroso. Les han dado hechos y no palabras, realidades más bien que teorías, han reprimido el desorden y han fomentado el bienestar material. Es, por lo menos, discutible el que no hayan logrado también asegurar la libertad, puesto que han mantenido ese respeto a la ley y ese orden, sin los cuales la libertad no es más que una palabra vana. Sus defensores han podido alegar las lecciones de la experiencia práctica, y sostener, con alguna razón, que ciertos beneficios, inasequibles de otra manera, se han disfrutado bajo el mando de los dictadores.

Estos, por regla general, han tenido a su lado a la mayoría de la población, pero no han conseguido más que eso. Han tenido siempre enfrente una gran opinión hostil. Les ha sido posible reprimir, pero no extinguir la oposición; y así como el mando de los republicanos ha terminado casi siempre en el desorden, el de los otros ha acabado, aun con más frecuencia, en la revolución. Sólo hay una apariencia de verdad en la idea de que el origen de esas revoluciones está en la aparición de algún rival del dictador que aspira al mismo poder autocrático. Si algunos dictadores han caído por una mera intriga, las causas de la caída del mayor número han sido a veces más profundas y más permanentes que las simples rivalidades personales.

Régimen ilegal

El régimen establecido por esos dictadores ha sido, en su esencia, ilegal. Es cierto que, en la mayor parte de los casos se han procurado la sanción oficial de alguna especie de asamblea popular; pero

el equipar una asamblea de ese género y dictarle sus resoluciones no ha sido nunca más difícil en la América española de lo que ha sido en Europa para los que ejercen el Poder ejecutivo y manejan las fuerzas militares y la maquinaria del Gobierno central. Nunca ha sido posible sostener que una dictadura estaba de acuerdo con la letra de las Constituciones, salvo en el caso de que éstas se hayan revisado por orden del dictador; y aun menos posible sostener que estaba de acuerdo con el espíritu de las mismas tal como se redactaron al fundarse las repúblicas. El hecho de que, después de ocurrida, haya sido aprobada una revolución, no significa nada. Sería inocente suponer que un dictador, instalado en el Poder por las armas de sus partidarios o como consecuencia de una intriga afortunada esté sinceramente dispuesto a someter la cuestión de su continuidad en el Poder al libre y desembarazado juicio de sus conciudadanos. Los votos del pueblo dados a su favor significan tan poco como aquellos famosos plebiscitos, artificio favorito de Napoleón III. La ilegalidad de su posición ha sido perjudicial para los dictadores que, mientras eran declaradamente conservadores en su actitud, han sido arrastrados hacia el radicalismo. Se han proclamado los salvadores de una sociedad en disolución y los defensores de un orden amenazado de destrucción por lo que quisieron romper con el pasado. Al propio tiempo se han visto obligados a pasar por encima de las leyes fundamentales de sus países, y de hecho, si no en teoría, a introducir violentas mudanzas en la organización de las repúblicas que gobiernan. Esta contradicción no ha pasado inadvertida para los hispanoamericanos y ha proporcionado un buen asidero para los ataques contra esos gobiernos. Así los de la oposición han podido presentarse como los guardianes de las instituciones vigentes.

Un poder fachadista

Las deficiencias de las comunicaciones han ofrecido también un obstáculo para la pacífica continuación de una dictadura. Su consecuencia ha sido una continua repetición de interregnos revolucionarios. En un país definitivamente organizado sobre una base autocrática, el que ejerce el poder supremo puede, con provecho para él, no ser conocido ni de vista por aquellos a quienes gobierna. Diocleciano, oculto en el palacio de Nicomedia, y Felipe II, enterrado en los rincones de El Escorial, es probable que vieran su poder aumentando a causa de esa misma reclusión: así se rodearon de otro misterio, además del que envuelve a todo monarca, y consiguieron inspirar a sus súbditos una especie de terror supersticioso. También podían realzar el respeto que se sentía por su posición casi divina, cuidando de no mostrarse en público sino en circunstancias propicias para provocar pasmo y admiración; y sólo aparecían rodeados de todas las pompas de la majestad.

Pero el gobernante autocrático de una nación democrática en teoría, está en muy distinta situación. Su autoridad está paladinamente asentada no en el derecho divino, sino en la voluntad popular. Ostensible-

mente no es más que el primer ciudadano de la república, y toda pretensión por su parte a los atributos de la realeza lleva inmediatamente a poner de relieve la contradicción entre sus hechos y los principios que profesa. Se ve forzado a cortejar la popularidad, y su posesión del Poder sería más segura si sus súbditos pudieran darse cuenta de que no es un ser misterioso colocado por encima de ellos, sino uno de tantos, escogido para un puesto eminente tan sólo por razón de su superior capacidad. Es para él de importancia vital que sus gobernados puedan convencerse a sí mismos de que les gobierna, porque así lo han decidido libremente, uno a quien conocen, y porque lo conocen le han escogido para ser su gobernante.

Megalomanía de poder

Pero no todos los dictadores han sido de buena intención. Presentan gran variedad de caracteres, desde la extremada benevolencia hasta la extremada maldad. Algunos de ellos se han emborrachado con el Poder hasta haber perdido todo sentido de proporción. Rosas desafió a las fuerzas combinadas de Francia e Inglaterra; Francisco López soñó con la hegemonía paraguaya en toda la América del Sur; Castro parecía preparado a retar a las grandes potencias al combate. Hasta muchos de los más prudentes han estado muy lejos de la perfección. Aún en los mejores casos, no han sabido advertir la llegada de la hora en que ya no podían por más tiempo servir con provecho a sus países. Porfirio Díaz podía haber acabado gloriosamente su reinado, de no obstinarse en no abandonar un poder que ya no era capaz de manejar; y su caso ha sido el de muchos. Han mostrado tal intolancia hasta de la más leve crítica y de la más blanda oposición, que les ha llevado a cometer actos que habían de despertar mayor animosidad en el país. Balmaceda, inspirado en altos ideales, entró en violento conflicto con la Iglesia católica y con el Congreso chileno; su intento de atropellar la oposición produjo una guerra civil, y una carrera brillante acabó en el suicidio. Los dictadores, en realidad, han sufrido de un defecto común a los idealistas: han sido demasiado propensos a apresurarse a hacer el bien, y han tenido, en el grado máximo, los defectos de sus virtudes.

Todos esos factores han contribuido a fortalecer la oposición contra tales regímenes casi monárquicos; pero el que, más que ningún otro, ha provocado la reacción contra las dictaduras ha sido el fracaso de los dictadores en la consecuencia de los dos ideales de la raza. Por regla general, han conseguido bastante eficacia en la gobernación y han dado a sus países períodos de orden y paz; y han dado, también, efectividad a las leyes, al menos en las relaciones privadas de los ciudadanos, aunque las hayan atropellado en interés del Poder ejecutivo. Todo esto, sin embargo, lo han hecho a costa de un indudable cercenamiento de la libertad. En los casos más extremos, han ejercido una verdadera tiranía sobre la vida privada de los ciudadanos. El Dr. Francia creó un régimen de tan abyecto terror, que las gentes sólo se atrevían a hablar con voz apagada de "el Supremo". Se atri-

buye a Estrada Cabrera, en Guatemala, el detener todas las operaciones del servicio de correos mientras él leía y censuraba la correspondencia particular de todos los residentes en la república; y se dice que se quejó al representante diplomático de una potencia extranjera de que tenía una letra ilegible, mostrando al propio tiempo un sospechoso conocimiento de sus asuntos de familia. En casi todos los casos la prensa ha sido aherrojada y se ha prohibido toda libre manifestación de opiniones. Todas las garantías creadas para la libertad del hombre y del ciudadano han sido, en efecto, derogadas. La justicia se ha subordinado a las consideraciones políticas; se han inventado, arbitrariamente, delitos desconocidos en derecho; han sido impuestas penas prohibidas por la ley; y la propiedad privada no ha estado segura de las usurpaciones del Poder ejecutivo.

Ansia de libertad

Pero aunque los procedimientos de muchos de los dictadores hayan conseguido suprimir la libertad, jamás han logrado desarraigar su innato deseo. Nada ha bastado para extinguir el amor a la libertad en el corazón de los hispanoamericanos y, a pesar de todo, la raza se ha mantenido firme en sus ideales. Las persecuciones sólo han servido para avivir la devoción a la causa perseguida; y en las repúblicas, como en los primeros días del cristianismo, la sangre de los mártires ha sido la semilla de la fe. Cada acto de opresión ha hecho crecer el sentimiento de hostilidad contra el opresor; y esa enemistad, tarde o temprano, se ha traducido en hechos. El pueblo se ha levantado en defensa del ideal de libertad local e individual y ha derribado la dictadura.

Y ha sucedido que la imposibilidad de los dictadores de dar satisfacción a ese amor a la libertad se ha hecho más y más peligrosa para su permanencia en el Poder con cada año que se ha prolongado su reinado. La memoria política es proverbialmente corta en todas partes: los beneficios pasados están mucho más desvanecidos en el recuerdo de un pueblo que los males presentes. El alto idealismo que predomina en la América española ha contribuido, más que en parte alguna, al pronto olvido de los bienes recibidos. Las dictaduras, en su comienzo, han sido generalmente bien recibidas, como la terminación del desorden; y el dictador ha sido aclamado como el salvador de la sociedad y como el salvador del ideal de gobierno eficiente. La gente se ha conformado con inmolar algo de la libertad que tanto apreciaban en aras de una eficacia que apreciaban más todavía: su propio idealismo les ha llevado, por el momento, a resignarse con una casi desfavorable extensión del Poder ejecutivo. Pero en cuanto el dictador ha cumplido el propósito inmediato para cuya realización ha sido nombrado, surge casi inmediatamente una reacción. Es como si la conciencia política del pueblo se hubiera adormecido durante el desorden, y reviviese tan pronto como el desorden desaparece. El ansia de libertad se hace cada vez más intensa; y se evapora el recuerdo de las desastrosas consecuencias de pasados intentos pa-

ra satisfacer ese anhelo, y también la memoria de los beneficios prácticos conseguidos bajo el mando del dictador. Renace la lucha entre los dos partidos: la prosecución del logro simultáneo de los dos ideales se reanuda vigorosamente una vez más.

El régimen autocrático, que ha sido establecido una y otra vez, ha fracasado, no menos que el republicano, en hallar una solución al problema definitivo. No han logrado, a la vez, la eficacia y la libertad, y de ahí que no hayan sido satisfactorios. Los intensos apasionamientos políticos han seguido en pie, y se ha producido un ambiente de desasosiego que, en ocasiones, ha parecido a los observadores extranjeros de revolución perpetua. La historia política de la América española ha sido mirada por muchos como una estéril pugna entre facciones "indómitas", un mero guerrear de locos turbulentos o de pillos ambiciosos.

Esperanza y fe de libertad

Si los hispanoamericanos hubieran sido, en efecto, una raza de insensatos o de pillos, debe suponerse razonablemente que su historia política habría sido mucho menos borrascosa. De ser tontos en política, podían haber sido engañados, y de haber sido pillos, sobornados para conseguir su adhesión a cualquier orden establecido, por imperfecto, o acaso por corrompido, que fuese. Porque no son ni tontos ni pillos, no han podido ser llevado a esa mansa aquiescencia. No se han sometido a ella por todo lo contrario: porque son idealistas y porque sólo se puede alcanzar el ideal a través de penas y tribulaciones, si es que el ideal puede alcanzarse. De su idealismo han dado abundantes pruebas en su generosa y cordial admiración de todo lo que hay de mejor.

Confianza en el ideal y fe son los dos factores que determinan la actitud de los hispanoamericanos en todas las cuestiones políticas. Creen que la perfección es asequible, y no se contentan con nada que no alcance a ser perfecto. Tienen fe en sí mismos y en su futuro, una fe a prueba de todos los desengaños y de toda la desilusión del período de independencia. Porque tienen esa fe no les contenta ningún régimen que no les dé a la vez el máximo de libertad y el máximo de eficiencia. Los creen realizables simultáneamente, y continúan frente al problema de su realización, sinceramente, convencidos en su interior de que se alcanzará su solución.

No parece que tengan ninguna razón para ese convencimiento. Se creería que la libertad a que aspiran no es nada más que desorden, y la eficacia nada más que despotismo. Se creería que la historia de todos los países muestra que en este imperfecto mundo los hombres tienen que contentarse con algo menos que el ideal. Se creería que su esperanza es locura y que su fe es vana. Pero los hispanoamericanos tienen que permanecer fieles, quieran o no, a su convicción, a su esperanza y a su fe. Porque nacen de ese idealismo político que es inherente a la raza.